

RAFAEL R. ROMANDIA

Entre los buenos maestros de primaria que tuve en el colegio de Sonora, hay dos que ejercieron en mí una influencia decisiva: Rufo E. Vitela y Rafael R. Romandia. Estoy en deuda con Vitela y en fecha próxima voy a dedicarle un recuerdo. En esta vez voy a reproducir lo que escribí sobre Romandia, un preceptor de fuerte personalidad y gran talento, que puso su saber al servicio de la juventud estudiosa de Sonora.

Acaban de celebrarse en Jalapa los setenta y cinco años de vida de la Escuela Normal que, en una época, llegó a ser la de mayor prestigio de la República. Su fundador fue un famoso educador venido de Europa. Enrique C. Rébsamen, quien alcanzó gran renombre por su saber y por el método de enseñanza primaria que implantó en el estado de Veracruz y rápidamente fue adoptado por los educadores de todo el país. El método Rébsamen se impuso sobre los viejos sistemas seguidos para enseñar al niño las primeras letras y el nombre de su autor es considerado por los profesores normalistas mexicanos como el de uno de los apóstoles más notables de la nueva pedagogía. El profesor Rébsamen tuvo muchos discípulos de talento que después de recibir sus lecciones en Jalapa fueron a numerosos estados de la República a implantar el nuevo método de enseñanza primaria, ya que el renombre de este sabio ha trascendido tanto y ha permitido que sus fotografías o su retrato en mármol se conozcan en muy diversas ciudades. Sólo en Hermosillo, la capital de Sonora, se dio el caso de que un gobernador interino mandara borrar el nombre de Rébsamen de una escuela, para poner el de un profesor amigo suyo, de algunos méritos profesionales pero de ejecutoria intrascendente. Este acto insólito fue un atentado de lesa cultura.

Entre los discípulos de Rébsamen que tuve la honra de conocer

y tratar se cuentan don Abel S. Rodríguez, que adquirió prestigio y fama en Chihuahua y fue un honorable senador de la República, y los brillantes normalistas Leopoldo Kiel y Alfredo Uruchurtu, quienes lograron perfeccionar sus estudios en la docta Alemania.

*
* *

De tres prestigiadas escuelas normales fueron a Sonora notables maestros normalistas: de las de Jalapa, de Puebla y de México, D. F. En el desempeño de sus labores en el colegio de Sonora se distinguieron notablemente los maestros de Jalapa, tanto por su preparación científica como por el esmero que ponían al impartir sus enseñanzas en el alumnado sonorense. El colegio de Sonora era apenas una escuela de enseñanza primaria y superior, pero recibía atenciones de plantel de más elevada categoría. Llegó a tener hasta un séptimo año cuando se presentaba el problema de no tener otra escuela para los que terminaban el sexto. Estamos seguros de que ni algunas escuelas preparatorias tenían los elementos de trabajo y de estudio con que contaba aquel colegio. Uno de los gobernadores más ilustrados de Sonora, al alamense don Carlos Ortiz, dotó al colegio de Sonora de este valioso material: laboratorios de química y de física, un museo de historia natural en que se tenían disecados, a la taxidermia, animales de gran tamaño como leones, tigres y un elefante; una biblioteca bien seleccionada y aparatos de gimnasia tales como paralelas, trapecio, argollas y escaleras verticales.

Por el colegio de Sonora pasaron muy ilustres preceptores: don Carlos M. Calleja y don Felipe Salido, que la dirigieron; Francisco M. Angulo, Chapa, De la Rosa, González, Rufo E. Vitela, José Luis Carranco, Rafael R. Romandía, Alberto Sáinz, Luis G. Monzón... Muchos de los maestros que fueron del interior formaron sus hogares en Sonora y se quedaron allá. Entre los normalistas titulados y los profesores prácticos se fue creando una amistosa rivalidad, que por el buen juicio de unos y de otros nunca descendió a consecuencias lamentables. Fue una lucha sorda, pero noble, que sirvió para que los rivales se superasen en su labor y para hacerlos estudiar con mayor ahínco sus materias, poniéndose al día sobre los últimos descubrimientos científicos.

*
* *

Entre todos aquellos profesores de tan alto nivel intelectual se distinguió más que ninguno Rafael R. Romandía, quien se había dedicado al magisterio por vocación y, también, por ganarse la vida. Romandía no tenía título, pero sí méritos de sobra para dirigir con tino singular cualquier grupo de alumnos que se pusiese a su cuidado. Era un hombre alto, robusto, fornido. Vestía con esmero. Muy serio en apariencia, a poco de tratarlo aparecía el hombre bueno, accesible, simpático. Ancha y alta la frente, la mirada escrutadora; su sonrisa era irónica y ameno en la charla. Su cátedra era como una plática íntima, durante la cual iba intercalando los conocimientos. A sus lecciones conversadas daba interés, porque a cada paso introducía juicios agudos sobre personas o acerca de la situación política del país. Frecuentemente se burlaba del gobernador del Estado, del jefe político o del hotentote que se ostentaba como jefe de la policía. De sus colegas del colegio tenía un alto concepto y explotaba el prestigio del maestro José Lafontaine, de Ures, para “picar” a sus alumnos, haciendo elogios desmedidos de los discípulos de don José, a quienes atribuía mayores conocimientos que a los del colegio de Sonora, asegurando que los de años inferiores de Ures sabían más que quienes estábamos a punto de terminar la primaria en Hermosillo.

Por su capacidad para la enseñanza y los resultados que en los exámenes obtenían sus alumnos, seguramente Romandía fue el más destacado de los profesores del colegio de Sonora, en la época de mayor esplendor de esta casa de estudios. No parecían lecciones de primaria sino de preparatoria, las que se nos daban en aquel colegio: química, física e historia natural de Langlebert, geografía universal por Miguel Schultz, inglés de Appleton, lecturas traducidas del francés como “El año preparatorio de lectura corriente”, de M. Guyau. Así se explica por qué al llegar a la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, de San Jacinto, nos fueron revalidadas varias materias aprobadas con buen éxito en el colegio de Sonora.

*
* *

Debo a Rafael R. Romandía la oportunidad que tuve para venir a la capital, cuando yo era un estudiante pobre, sin esperanzas de aspirar a ser un profesional. Hasta la casa comercial en que yo trabajaba, fue a decirme el maestro Romandía:

—¿No quiere usted seguir estudiando en México? Hay la oportu-

tunidad de que ingrese en la Escuela de Agricultura. El Gobierno le daría sus pasajes y una beca para que estudie agronomía.

Acepté en el acto y se corrieron con tal rapidez los trámites del viaje, que en menos de una semana veníamos ya con rumbo a la metrópoli cuatro estudiantes sonorenses. La travesía fue larga, pues tuvimos que hacerla por ferrocarril, vía Nogales, Benson, El Paso y Ciudad Juárez, donde tomamos el central que nos trajo hasta el Distrito Federal.

Pero no es sólo por lo que hizo en mi favor que yo tengo cariño y admiración por Romandía. Es que pocas veces he encontrado un hombre con facultades tan notorias para dedicarse a una profesión, como las que tenía aquel maestro de primeras letras, quien parecía haber nacido exclusivamente para ser un competente profesor. Romandía sabía de todo y conocía la vida en todas sus intimidades. Ahora que lo recuerdo bien, pienso que lo que más sabía era psicología y que muy pocos hombres como él eran capaces de conocer a sus semejantes tan a fondo como él los conocía. Esto explica por qué fue un maestro tan magistral (y que valga la redundancia).

Cuando comenzó a formar una familia y vio que con su sueldo de maestro de escuela no iba a tener ingresos suficientes para sostenerla, decidió dejar el magisterio. Se dedicó al comercio y, buscando un campo mejor para sus actividades mercantiles, se fue al Distrito Norte de la Baja California. Se instaló en Tijuana, cuando esta población turística comenzaba a prosperar. Romandía formó parte de un grupo numeroso de sonorenses que en la frontera bajacaliforniana se establecieron, inyectando nueva vida al Territorio. Entre ellos fueron comerciantes, agricultores y pequeños industriales. Allá hizo dinero Romandía y allá mismo pagó su tributo a la tierra.

Quedamos pocos discípulos de Romandía. Cuestión de edad. Nuestro maestro dejó el colegio de Sonora por 1910. Ha de haber algunos que lo veneran como yo. Para que su memoria no se pierda, hay un gran centro escolar de Hermosillo que lleva su nombre: *Rafael R. Romandía*. ¡El gran hombre de las tres erres!